

28 Agosto 76 31-2. JJS

GASPAR, EDITORES.

# MIGUEL STROGOFF

DE

## MOSCOU Á IRKOUTSK.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

## JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA.

*Cuaderno cuarto.*



MADRID

IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES

(ANTES GASPAR Y ROIG)

Príncipe, 4

1876

L47  
2657

7231

GASPAR, EDITOR

MIGUEL STROGOFF

MOSCOW A IRKOUTSK

IT TO VEINE

NO. 100



1850

IMPRIMERIA DE GASPAR, EDITOR

En aquel momento un estallido horrible del trueno llenó el desfiladero, y los ecos de la montaña le multiplicaron en proporcion grandiosa. Despues que se hubo estinguido, la voz alegre continuó diciendo:

—Sí, estraordinariamente original. Esto seguramente no sucederia en Francia.

—Ni en Inglaterra, respondió el inglés.

En el camino, alumbrado entonces por los relámpagos, observó Miguel Strogoff á veinte pasos de sí dos viajeros sentados uno junto á otro en el banco de atrás de un singular vehículo que parecia estar profundamente encallado en algun bache.

Miguel Strogoff se acercó á los dos viajeros, de los cuales el uno continuaba riendo y el otro maldiciendo, y conoció á los dos corresponsales de periódicos que embarcados en el *Cáucaso* habian hecho con él la travesía de Nijni-Novgorod á Perm.

—Buenos días, caballero, exclamó el francés, celebre mucho ver á usted en estas circunstancias. Permítame usted que le presente á mi enemigo íntimo M. Blount.

El corresponsal inglés saludó y quizá iba á su vez á presentar á su colega Alcides Jolivet, segun las reglas de la etiqueta, cuando Miguel Strogoff le dijo:

—Es inútil, señores, nos conocemos, pues que ya hemos viajado juntos por el Volga.

—¡Ah! muy bien, ¿y usted es?...

—Nicolás Korpanof, negociante de Irkutsk, respondió Miguel Strogoff. ¿Pero me dirán ustedes qué



*Guaymas Editor*

aventura tan lamentable para el uno y tan grotesca para el otro les ha sucedido?

—Usted juzgará, señor Korpanof, respondió Alcides Jolivet. Figúrese usted que nuestro postillon ha seguido adelante con el juego delantero de su infernal vehículo, dejándonos aquí sentados en el juego posterior, con la peor mitad de una telega para dos, sin guía y sin caballos. ¿No es esto absoluta y superlativamente grotesco?

—No tanto, respondió el inglés.

—Pero, compañero, usted no sabe tomar las cosas por el lado que tienen de agradable.

—¿Y cómo podremos continuar nuestro camino? preguntó Enrique Blount.

—Nada mas sencillo, respondió Alcides Jolivet. Usted se engancha en lo que nos resta de carruaje; yo tomaré las riendas y le llamaré á usted mi pichoncito como un verdadero yemshik, y usted marchará como un caballo de posta.

—Señor Jolivet, respondió el inglés, esa chanza pasa los límites....

—Cálmese usted, compañero, porque cuando usted se haya cansado, yo le reemplazaré, tiraré del vehículo y usted tendrá el derecho de tratarme de caracol ó de tortuga si no le llevo como alma que lleva el diablo.

Alcides Jolivet decia esto en tono de tan buen humor, que Miguel Strogoff no pudo menos de sonreirse.

—Señores, dijo, hay otra cosa mejor que hacer. Hemos llegado á la garganta superior de la cordillera del Ural y por consiguiente no tenemos que

hacer mas que bajar la pendiente de la montaña. Mi carruaje está ahí á quinientos pasos; prestaré á ustedes un caballo, se le enganchará á la caja de la telega, y mañana, si no ocurre ningun accidente extraordinario, llegaremos juntos á Ekaterimburg.

—Señor Korpanof, respondió Alcides Jolivet, esa es una proposicion que nace de un corazon generoso.

—Añadiré, respondió Miguel Strogoff, que si no les invito á ustedes á subir en mi tarentas es porque no tiene sino dos asientos que ocupamos mi hermana y yo.

—No hay necesidad, caballero, dijo Alcides Jolivet; mi colega y yo con ese caballo y lo que nos queda de la telega iríamos hasta el fin del mundo.

—Aceptamos la oferta de usted, tan generosa, dijo Enrique Blount. En cuanto á ese yemschik...

—Oh, crea usted que no es la primera vez que le ocurre semejante aventura, interrumpió Miguel Strogoff.

—¿Pero entonces, por qué no vuelve? Sabe perfectamente el miserable que nos ha dejado en el camino.

—¡El! ni lo sospecha siquiera.

—¡Cómo! ¿ese hombre ignora que se ha roto por medio la telega y él se ha marchado con la primera parte?

—Lo ignora, y con la mejor fe del mundo conduce el juego delantero á Ekaterimburg.

—¡Cuando le decia yo á usted que esto es la cosa mas chistosa y original que puede ocurrir, compañero! exclamó Alcides Jolivet.

—Así pues, señores, si quieren ustedes seguirme, dijo Miguel Strogoff, á donde está mi carruaje, allí...

—Pero ¿y la telega? observó el inglés.

—No tema usted que eche á volar, mi querido Blount, dijo Alcides Jolivet. Ahí está que parece haber echado raíces en el suelo, tanto que si la dejáramos, en la primavera echaria quizá hojas.

—Vengan ustedes, señores, dijo Miguel Strogoff, y traeremos aquí mi tarentas.

El francés y el inglés bajaron de la banqueta del fondo convertida en asiento delantero y siguieron á Miguel Strogoff.

Por el camino Alcides Jolivet, segun su costumbre, hablaba con su buen humor inalterable.

—Verdaderamente, señor Korpanof, dijo á Miguel Strogoff, nos saca usted de un malísimo paso.

—No hago mas que lo que haria cualquier otro en mi lugar, respondió Miguel Strogoff: si los viajeros no se ayudaran mutuamente, habria que cerrar los caminos.

—Ya procuraremos hacer á usted algun otro servicio en cambio. Si va usted á las estepas, es posible que todavía nos volvamos á encontrar y entonces.....

Alcides Jolivet no le preguntaba de un modo formal á dónde iba; pero Miguel Strogoff, no queriendo mostrar disimulo, respondió inmediatamente:

—Voy á Omsk, señores.

—Y el señor Blount y yo, dijo Alcides Jolivet, vamos por ahí hácia adelante, donde encontremos quizá alguna bala y donde seguramente hemos de encontrar noticias.

—¿Van ustedes á las provincias? invadidas? preguntó Miguel Strogoff con cierta curiosidad.

—Precisamente, señor Korpanof, y es probable que no volvamos á encontrarnos.

—En efecto, respondió Miguel Strogoff, no tengo gana de recibir un balazo ó una lanzada y soy naturalmente demasiado pacífico para aventurarme en medio de un combate.

—Lo siento, lo siento verdaderamente, porque no podremos menos de separarnos en breve. Pero al salir de Ekaterimburg quizá nuestra buena estrella querrá que viajemos juntos todavía por algun tiempo, aunque no sea mas que por algunos dias.

—¿Se dirigen ustedes á Omsk? preguntó Miguel Strogoff despues de haber reflexionado un instante.

—Todavía no sabemos nada, respondió Alcides Jolivet, pero seguramente iremos en derechura á Ichim y una vez allí haremos lo que nos aconsejen los acontecimientos.

—Pues bien, señores, dijo Miguel Strogoff, iremos juntos hasta Ichim.

Miguel Strogoff habria preferido sin duda alguna viajar solo, pero no podia sin escitar por lo menos alguna sospecha, separarse de los dos viajeros que iban á seguir el mismo camino que él. Por lo demás, si Alcides Jolivet y su compañero intentaban detenerse en Ichim sin continuar inmediatamente hácia Omsk, no habia inconveniente en acompañarles en una parte del viaje.

—Caminaremos juntos, añadió Miguel Strogoff, y despues dijo en tono indiferente: ¿saben ustedes con certeza qué noticias hay de la invasion tártara?

—No sabemos sino lo que se decia en Perm, respondió Alcides Jolivet. Los tártaros de Feofar Khan han invadido toda la provincia de Semipalatinsk y desde hace algunos días caminan á marchas forzadas siguiendo el curso del Irtych; del manera que tendrá usted que caminar muy de prisa si quiere llegar antes que ellos á Omsk.

—En efecto, respondió Miguel Strogoff.

—Se decia tambien que el coronel Ogaref habia logrado pasar la frontera disfrazado, y que no podia tardar en unirse al jefe tártaro en el centro del mismo país sublevado.

—¿Pero cómo se ha sabido eso? preguntó Miguel Strogoff, á quien estas noticias mas ó menos verídicas interesaban sobremanera.

—Como se saben todas las cosas, respondió Alcides Jolivet, esas noticias las lleva el aire á todas partes.

—¿Y tiene usted razones fundadas para pensar que el coronel Ogaref está en Siberia?

—Y hasta he oido decir que habia debido tomar el camino de Kazan á Ekaterimburg.

—¡Ah! ¡sabia usted eso, señor Jolivet! dijo entonces Enrique Blount, á quien la observacion del corresponsal francés sacó de su mutismo.

—En efecto, lo sabia, respondió Alcides Jolivet.

—¿Y sabia usted tambien que debia ir disfrazado de gitano? preguntó Enrique Blount.

—¡De gitano! exclamó casi involuntariamente Miguel Strogoff, recordando la presencia del viejo gitano en Nijni-Nowgorod, su viaje á bordo del *Cáucaso* y su desembarco en Kazan.

—Lo sabia, tanto, que se lo he escrito en una carta á mi prima, respondió sonriendo Alcides Jolivet.

—No ha perdido usted el tiempo en Kazan, observó el inglés en tono seco.

—De ningun modo, querido colega; mientras el *Cáucaso* hacia sus provisiones, yo por mi parte acopiaba las mias.

Miguel Strogoff no oía las observaciones que los dos corresponsales se dirigian mutuamente. Pensaba en aquella banda de gitanos, en aquel gitano viejo cuyo rostro no habia podido ver, en la mujer extraña que le acompañaba, en la mirada singular que le habia dirigido, y trataba de reunir en su mente todos los pormenores de aquel encuentro, cuando se oyó á corta distancia una detonacion de arma de fuego.

—¡Adelante, señores! exclamó Miguel Strogoff.

—¡Calla! para un digno negociante que huye de las balas, dijo Alcides Jolivet, corre demasiado de prisa hácia el sitio donde se oyen los tiros.

Y acompañado de Enrique Blount, que no era tampoco hombre para quedarse atrás, se precipitó en seguimiento de Miguel Strogoff.

Pocos instantes despues los tres estaban enfrente de la punta que abrigaba el tarentas en el recodo del camino.

El grupo de pinos incendiado por el rayo ardia todavía: el camino estaba desierto; sin embargo, Miguel Strogoff no habia podido engañarse; habia oido distintamente el ruido de un arma de fuego.

De repente se oyó un formidable gruñido, y al

otro lado del recodo estalló una segunda detonacion.

—¡Un oso! exclamó Miguel Strogoff, que comprendió aquel gruñido. ¡Nadia, Nadia! y sacando el puñal de su cinturón, se lanzó de un salto formidable y dió vuelta al recodo detrás del cual habia prometido esperarle la jóven.

Los pinos devorados entonces por las llamas iluminaban la escena.

En el momento en que Miguel Strogoff llegó al tarentas, retrocedió hácia él una masa enorme.

Era un oso de gran magnitud: la tempestad le habia espulsado de los bosques que erizaban la pendiente del Ural y habia ido á buscar refugio en aquella escavacion, sin duda su retiro habitual, que á la sazón ocupaba Nadia.

Dos de los caballos, asustados á la vista del enorme animal, rompieron las cuerdas y tomaron la fuga, y el yemshik, no pensando mas que en ellos y olvidando que la jóven se quedaba sola en presencia del oso, echó á correr en su busca.

La valerosa Nadia no perdió la serenidad. El animal, que no la habia visto al principio, se dirigió hácia el otro caballo; pero Nadia, saliendo de la anfractuosidad en que estaba, corrió al carruage, tomó uno de los revolvers de Miguel Strogoff, y marchando atrevidamente hácia el oso, hizo fuego á boca de jarro.

El animal, ligeramente herido en la espaldilla, se volvió contra la jóven, que trató de evitar su ataque dando vueltas alrededor del tarentas, cuyo caballo trataba de romper tambien sus cuerdas. Una vez perdidos los caballos en la montaña era imposi-

ble el viaje y comprendiéndolo así Nadia se dirigió de nuevo hácia el oso y con serenidad sorprendente, en el momento en que las patas del animal iban á dejarse caer sobre su cabeza hizo fuego por segunda vez.

Esta fue la detonacion que acababa de estallar á pocos pasos de Miguel Strogoff. Pero Miguel estaba ya allí: de un salto se arrojó entre el oso y la jóven; su brazo no hizo mas que un solo movimiento de abajo arriba, y el enorme animal, abierto desde el vientre hasta la garganta, cayó en el suelo como una masa inerte.

Fué aquel un golpe maestro de los que usan los cazadores siberianos, que procuran ante todo no echar á perder la preciosa piel del oso, de la cual sacan un alto precio.

—¿Estás herida, hermana? dijo Miguel Strogoff precipitándose hácia la jóven.

—No, hermano, dijo la jóven.

En aquel momento se presentaron los dos periodistas.

Alcides Jolivet se arrojó á la cabeza del caballo, y sin duda tenia fuerza de puños, porque logró detenerlo. Su compañero y él habian visto la rápida maniobra de Miguel Strogoff.

—¡Diablo! exclamó Alcides Jolivet, para ser un simple negociante, señor Korpanof, veo que maneja usted lindamente el machete de cazador.

—Muy lindamente, añadió Enrique Blount.

—En Siberia, señores, respondió Miguel Strogoff, tenemos necesidad de saber un poco de todo.

Alcides Jolivet miró entonces al jóven.

Visto á plena luz, teniendo en la mano el machete ensangrentado, Miguel Strogoff con su alta estatura, su aire resuelto y el pié apoyado en el cuerpo del oso que acababa de matar, ofrecia un hermoso espectáculo.

—¡Valiente mozo! se dijo á sí propio Alcides Jolivet.

Y adelantándose entonces respetuosamente, sombrero en mano, se llegó á saludar á la jóven.

Nadia se inclinó ligeramente.

Alcides Jolivet volviéndose entonces hácia su compañero, le dijo:

—La hermana vale tanto como el hermano; si yo fuera oso, no trataria de ponerme en contacto con esta hermosa pareja.

Enrique Blount, derecho como un huso, permanecia con el sombrero en la mano á cierta distancia, y la desenvoltura de su compañero contrastaba visiblemente con su rigidez habitual.

En aquel momento volvió el yemschik que habia logrado recoger los dos caballos. Lo primero que hizo fue dirigir una mirada de sentimiento al magnífico animal que yacía en el suelo y que se veia obligado á abandonar á las aves de rapiña, y despues se ocupó en arreglar de nuevo el atalage.

Miguel Strogoff le dijo entonces cuál era la situacion de los dos viajeros y su proyecto de darles uno de los caballos del tarentas.

—Como gustes, respondió el yemschik. Solamente que dos carruages en vez de uno.....

—No importa amigo, respondió Alcides Jolivet, que comprendió la insinuacion, te pagaremos doble.

—¡Vamos pues, tortolitas mías! exclamó el yemschik.

Nadia habia vuelto á subir al tarentas y Miguel Strogoff y sus compañeros la siguieron á pié.

Eran las tres de la mañana. La borrasca, entonces en su período decreciente, no tenia la violencia que antes en el desfiladero, y se acabó de hacer la subida rápidamente.

Al lucir los primeros resplandores del alba el tarentas habia llegado al sitio donde estaba la telega, que continuaba concienzudamente empotrada hasta el cubo de las ruedas. Se comprendia perfectamente cómo habia podido hacerse la separacion de los dos ejes del carruage.

Uno de los caballos del tarentas fue enganchado con auxilio de cuerdas á la caja de la telega. Los dos periodistas ocuparon su sitio en el banco de aquel singular vehículo y todos se pusieron en marcha. Por lo demás, no tenian que hacer mas que bajar las cuestas del Ural, lo cual no ofrecia dificultad ninguna.

Seis horas despues los dos vehículos, uno en pos de otro llegaban á Ekaterimburg, sin que ningun incidente desagradable hubiera marcado la segunda parte de su viaje.

El primer individuo que los periodistas vieron en la casa de postas fue su yemschik que parecia esperarles.

Aquel digno ruso tenia un rostro agradable, y con la mirada sonriente y el aspecto sereno se adelantó hácia sus viajeros tendiéndoles la mano y reclamando su propina.

La verdad obliga á decir que el furor de Enrique Blount estalló entonces con una violencia enteramente británica, y si el yemschik no hubiera retrocedido prudentemente, hubiera recibido en mitad de la cara un puñetazo dado segun todas las reglas del arte del boxéo.

Alcides Jolivet comenzó á reir á carcajadas como tal vez no habia reido nunca, y exclamó:

—Tiene razon ese pobre diablo; está en su derecho mi querido colega. No es culpa suya si no hemos podido seguirle.

Y sacando algunos kopeks del bolsillo se los dió al yemschik diciendo:

—Toma, amigo, guárdate eso, si no los has ganado, no es culpa tuya.

Esto redobló la irritacion de Enrique Blount que quiso tomarla con el maestro de postas y moverle un pleito.

—¡ Un pleito en Rusia! exclamó Alcides Jolivet.

Si las cosas no han cambiado, compañero, no veria usted el fin de semejante litigio. ¿No sabe usted la historia de aquella nodriza rusa que reclamaba doce meses de lactancia á la familia del niño?

—No lo sé, respondió Enrique Blount.

—Entonces ¿no sabrá usted tampoco lo que era ya el niño cuando se dictó la sentencia que mandaba abonar su pension á la nodriza?

—¿Qué era?

—Coronel de húsares de la guardia

Esta respuesta hizo reir á todos.

Alcides Jolivet, satisfecho del efecto que habia producido, sacó su cuaderno del bolsillo y puso en él sonriendo esta nota destinada á figurar en el diccionario moscovita:

—Telega: carruaje ruso de cuatro ruedas al partir y de dos ruedas al llegar.

## CAPITULO XII.

### UNA PROVOCACION.

Ekaterimburg geográficamente es una ciudad de Asia porque está situada al otro lado de los montes Urales en los últimos estribos orientales de la cordillera. Sin embargo, depende del gobierno de Perm y por consiguiente está comprendida en una de las grandes divisiones de la Rusia Europea. Esta intrusion administrativa debe tener sus motivos: es como un trozo de la Siberia que queda entre las garras de la Rusia.

Ni Miguel Strogoff ni los dos corresponsales podian encontrar dificultades para proporcionarse medios de locomocion en una ciudad tan importante, fundada en 1723. En Ekaterimburg se levanta la primera casa de moneda de todo el imperio; allí está concentrada la direccion general de minas, y es por consiguiente un centro industrial de grande importancia en un país donde abundan las fundiciones metalúrgicas y otras explotaciones y donde se lavan el platino y el oro.

En aquella época la poblacion de Ekaterimburg

se habia aumentado considerablemente, porque habian afluído á ella rusos y siberianos amenazados por la invasion tártara despues de haber evacuado las provincias ya invadidas por las hordas de Feofark Kan y principalmente el país de los kirguicios que se estiende al sudoeste del Irtych hasta las fronteras del Turkestan.

Si, pues, los medios de locomocion habian debido ser escasos para ir á Ekaterimburg, debian por el contrario ser abundantes para salir de aquella ciudad. En efecto, en aquellas circunstancias habia pocos viajeros que quisieran aventurarse por los caminos de Siberia.

De aquí resultó que Enrique Blount y Alcides Jolivet encontraron fácilmente los medios de reemplazar con una telega completa la famosa media telega que les habia trasladado bien ó mal á Ekaterimburg. En cuanto á Miguel Strogoff, tenia su tarentas que habia padecido poco por efecto del viaje al traves del Ural, y le bastó enganchar al carruaje tres buenos caballos, que le llevaron rápidamente por el camino de Irkutsk.

Hasta Tiumen y aun hasta Novo-Zaimskoe el camino era bastante accidentado porque se desarrollaba todavía por las caprichosas ondulaciones del suelo que dan nacimiento á las primeras pendientes del Ural. Pero pasado Novo-Zaimskoe comenzaba la inmensa estepa que se estiende hasta las inmediaciones de Krasnoiarsk por un espacio de mil setecientas verstas poco mas ó menos (1815 kilómetros).

En Ichim, como se ha dicho, tenian intencion de

detenerse los dos corresponsales, es decir, á seiscientas verstas de Ekaterimburg. Allí debian tomar el pulso á los acontecimientos y luego dirigirse atravesando las regiones invadidas, ya juntos, ya separados, á donde quiera que su instinto de cazadores les llevase siguiendo una pista ú otra.

El camino de Ekaterimburg á Ichim que se dirige hácia Irkutsk era el único que podia tomar Miguel Strogoff; pero como no iba en busca de noticias, y antes habria querido evitar el país devastado por los invasores, estaba resuelto á no detenerse en ninguna parte.

—Señores, dijo á sus nuevos compañeros, tendria mucho gusto en hacer con ustedes una parte de mi viaje; pero debo advertirles que tengo gran prisa por llegar á Omsk, porque mi hermana y yo vamos á ver á nuestra madre. ¡Quién sabe si llegaremos antes que los tártaros hayan invadido la ciudad! No me detendré, pues, en las paradas de posta mas que el tiempo necesario para cambiar caballos y viajaré dia y noche.

—Nosotros pensamos hacer lo mismo, respondió Enrique Blount.

—Entonces, repuso Miguel Strogoff, no perdamos un instante. Alquilen ustedes ó compren un carruaje que.....

—Sí, dijo Alcides Jolivet, que tenga la bondad de llegar entero con el juego posterior al mismo tiempo que el delantero á Ichim.

Media hora despues el diligente francés habia encontrado, cosa por lo demás fácil, un tarentas semejante al de Miguel Strogoff y en el cual se

instalaron inmediatamente él y su compañero.

Miguel Strogoff y Nadia tomaron asiento en su vehículo, y á las doce del dia los dos carruajes salieron juntos de Ekaterimburg.

Nadia se hallaba por fin en Siberia, y en aquel largo camino que conduce á Irkutsk. ¿Cuáles debian ser entonces los pensamientos de la jóven livonia? Tres rápidos caballos la llevaban al traves de aquel país de destierro, donde su padre estaba condenado á vivir largo tiempo y tan lejos de su país natal. Pero apenas veia desarrollarse á su vista aquellas largas estepas que por un instante le habian estado prohibidas, porque su mirada iba mas lejos que el horizonte detrás del cual buscaba el rostro del desterrado. No observaba nada del país que atravesaba con la celeridad de quince verstas por hora, nada de esas comarcas de la Siberia Occidental tan diferentes de las del Este. Aquí, en efecto, se veian pocos campos cultivados, un suelo pobre, á lo menos en su superficie, porque en sus entrañas oculta abundantemente hierro, cobre, platino y oro. Por consiguiente, las explotaciones industriales abundaban por todas partes y en cambio eran muy raros los establecimientos agrícolas. ¡Cómo encontrar brazos para cultivar la tierra, sembrar los campos y recoger las cosechas, cuando es mas productivo registrar el suelo á golpe de pico ó por medio de mina! Aquí el labrador deja su puesto al minero. El pico está en todas partes, el arado en ninguna.

Sin embargo, el pensamiento de Nadia abandonaba algunas veces las lejanas provincias del lago Baikal y se fijaba en su situacion presente. La imá-



*José R. P. P.*

gen se borraba un poco de su memoria y en su lugar veía á su generoso compañero, primero en el camino de hierro de Wladimir donde un destino providencial sin duda le habia ofrecido á su vista por primera vez. Recordaba sus atenciones durante el viaje, su llegada á la oficina de policía de Nijni-Novgorod, la cordial sencillez con que la habia hablado dándole el nombre de hermana, sus cuidados para con ella en la travesía por el Volga, y en fin, todo lo que habia hecho en aquella terrible noche de tempestad en los Urales para defenderla á riesgo de su vida.

Nadia pensaba, pues, en Miguel Strogoff y daba gracias á Dios por haber puesto en su camino á aquel valiente protector, aquel amigo generoso y discreto. A su lado y bajo su custodia se creía segura: un verdadero hermano no habria podido portarse mejor. No temia ningun obstáculo y se creía cierta de llegar al objeto de sus deseos y de su viaje.

En cuanto á Miguel Strogoff, hablaba poco y reflexionaba mucho. Daba tambien gracias á Dios por haberle hecho encontrar en Nadia, al mismo tiempo que los medios de disimular su persona y destino, los de ejecutar una buena accion. La intrépida serenidad de la jóven agradaba á su alma valerosa. ¿No era en efecto su hermano? Tenia tanto respeto como afecto á su hermosa y heroica compañera, conociendo que poseia uno de esos corazones puros que se encuentran pocas veces y con los cuales se puede contar siempre.

Sin embargo, desde que estaba en el suelo de Si-

beria comenzaban para él los verdaderos peligros. Si los dos periodistas no se engañaban, si Ivan Ogaref habia pasado la frontera, era preciso conducirse con la mayor circunspeccion. Las circunstancias habian cambiado porque debian hormigrear los espías tártaros en las provincias de Siberia, y una vez descubierto su incógnito y conocida su cualidad de correo del czar, su mision y aun quizá su vida habrian terminado. Sentia, pues, pesar cada vez mas sobre su ánimo la grave responsabilidad que habia aceptado.

Mientras estos pensamientos agitaban á las personas que ocupaban el primer carruaje ¿qué sucedia en el segundo? Alcides Jolivet hablaba por frases y Enrique Blount respondia por monosílabos. Cada uno de ellos miraba las cosas á su manera y tomaba notas sobre los pequeños incidentes del viaje, incidentes por lo demás poco variados durante aquella travesía de las primeras provincias de la Siberia Occidental.

A cada parada de postas los dos correspondientes bajaban y se encontraban con Miguel Strogoff. Cuando no era hora de comer Nadia no salia del tarentas; y cuando era preciso comer ó almorzar se sentaba á la mesa, pero manteniéndose siempre muy reservada y no mezclándose sino muy poco en la conversacion.

Alcides Jolivet, sin salir nunca de los límites del decoro, no dejaba de obsequiar á la jóven livonia que le parecia hermosa. Admiraba la energia y la tranquilidad que mostraba en medio de las fatigas de un viaje hecho en tan duras condiciones.

Aquellas paradas no agradaban mucho á Miguel Strogoff y por lo mismo apresuraba la partida escitando á los maestros de posta, estimulando á los yemshiks y procurando la pronta renovacion de los tiros de los tarentas. Terminadas las comidas rápidamente, siempre demasiado rápidamente para lo que deseaba Enrique Blount, que era metódico en estas operaciones, todos se ponian en marcha y los periodistas tambien eran llevados como águilas, porque pagaban á lo príncipes, y segun decia Alcides Jolivet, como águilas de Rusia (1).

Escusado es decir que Enrique Blount no hacia ningun gasto de galantería respecto de la jóven, acerca de la cual no gustaba de discutir con su compañero. El inglés no era hombre acostumbrado á hacer dos cosas á un tiempo.

Una vez le preguntó Alcides, cuál creia que pudiera ser la edad de la jóven livonia:

—¿Qué jóven livonia? respondió con la mayor serenidad del mundo cerrando los ojos.

—¡Pardiez! la hermana de Nicolás Korpanof.

—¿Es su hermana?

—No, su abuela, respondió Alcides Jolivet irritado de tanta indiferencia. ¿Qué edad cree usted que tenga?

—Si la hubiera visto nacer lo sabria, respondió sencillamente Enrique Blount como hombre que no quiere aventurarse á nada.

El país que entonces recorrian los dos tarentas

(1) Moneda de oro rusa que vale cinco rublos. El rublo es una moneda de plata que vale tres kopeks ó sean unos quin-ce reales.

estaba casi desierto. El tiempo era bueno, el cielo estaba medio cubierto y la temperatura era mas soportable. Con vehículos mejores no habrian podido los viajeros quejarse: iban como van las berlinas de posta en Rusia, es decir, con una celeridad maravillosa.

Pero si el país parecia abandonado, aquel abandono era debido á las circunstancias que le rodeaban. En los campos apenas se veia alguno de esos habitantes de Siberia, de rostro pálido y grave, que una viajera célebre ha comparado justamente con los castellanos, salvo el aire orgulloso de estos. Acá y allá se veian algunas aldeas desiertas, que indicaban la aproximacion de las tropas tártaras. Los habitantes, llevando consigo sus rebaños de ovejas, sus camellos y caballos, se habian refugiado en las llanuras del Norte. Algunas tribus de la grande horda de los kirguicios nómadas, que habian permanecido fieles, habian trasladado sus tiendas mas allá del Irtych ó del Obi para evitar las depredaciones de los invasores.

Por fortuna el servicio de postas continuaba haciéndose regularmente lo mismo que el telegráfico hasta los puntos reunidos todavía por el alambre eléctrico. A cada parada, los maestros de posta daban caballos en las condiciones reglamentarias; y á cada estacion los empleados del telégrafo sentados junto á su ventanillo, trasmitian los telégramas que se les confiaban, no retrasándolos sino para dar paso á los telégramas oficiales. Asi Enrique Blount y Alcides Jolivet se aprovechaban grandemente de la oportunidad.

Hasta aquí el viaje de Miguel Strogoff se verificaba en condiciones satisfactorias sin experimentar ningun retraso; y si el correo del czar lograba doblar la punta que los tártaros de Feofar-Khan habian formado con sus tropas delante de Krasnoiarsk, estaba seguro de llegar antes que ellos á Irkutsk y en el mínimun de tiempo empleado hasta entonces.

Al día siguiente de aquel en que los dos tarentas salieron de Ekaterimburg llegaron á la aldea de Tuluguisk á las siete de la mañana, despues de haber recorrido doscientas veinte verstas sin incidente digno de ser anotado.

Allí se detuvieron media hora para almorzar, y terminado el almuerzo, volvieron á marchar con una velocidad que solo podia esplicarse por la promesa de cierto número de kopeks.

El mismo día 22 de julio á la una de la tarde los dos tarentas llegaban á Tiumen, sesenta verstas mas allá.

Tiumen, cuya poblacion normal es de diez mil habitantes, tenia entonces el doble; y la ciudad, primer centro industrial que los rusos crearon en Siberia, cuyos hermosos establecimientos metalúrgicos y cuya fundicion de campanas son todavía notables, no habia presentado nunca animacion semejante.

Los dos corresponsales salieron inmediatamente á caza de noticias. Las que los fugitivos siberianos llevaban del teatro de la guerra eran poco tranquilizadoras.

Decíase, entre otras cosas, que el ejército de Feo-

far-Khan se acercaba rápidamente al valle del Ichim y se confirmaba el rumor de que el jefe tártaro iba á reunirse en breve con el coronel Ivan Ogaref, si ya no se habia verificado la reunion. De aquí se deducia naturalmente que iban á llevarse hácia el Este de la Siberia las operaciones con la mayor actividad.

En cuanto á las tropas rusas, en primer lugar habia sido necesario llamarlas de las provincias europeas, y estando todavía muy lejanas, no podian por el momento oponerse á la invasion. Sin embargo, los cosacos del gobierno de Tobolsk se dirigian á marchas forzadas sobre Tomsk con la esperanza de cortar las columnas tártaras.

A las ocho de la tarde habian andado los dos tarentas setenta y cinco verstas mas y llegaron á Yalutorowsk.

Cambiaron rápidamente de tiros y al salir de la ciudad pasaron en una barca el rio Tobol. Su curso suave y pacífico facilitó la operacion, que debia renovarse mas de una vez en el viaje, y probablemente en condiciones menos favorables.

A las doce de la noche entraron en Novo-Saimsk, cincuenta y cinco verstas mas adelante (58 kilómetros y medio), dejando al fin detrás de sí el suelo ligeramente accidentado por cerrillos cubiertos de árboles, últimas raices de los montes Urales.

Allí comenzaba verdaderamente lo que se llama la estepa en Siberia que se prolonga hasta los alrededores de Krasnoiarsk. Era la llanura sin límites, una especie de vasto desierto cubierto de yerba, en cuya circunferencia venian á confundirse el cielo y

la tierra en una curva que parecia trazada con un compas.

Aquella estepa no presentaba á las miradas ningun punto saliente fuera del perfil de los postes telegráficos, dispuestos á cada lado del camino y cuyos alambres vibraban al impulso de la brisa como cuerdas de arpa. El camino mismo no se distinguia del resto de la llanura sino por el polvo fino que se levantaba detrás de las ruedas de los tarentas. Sin aquella zona blancuzca que se desarrollaba hasta perderse de vista, los viajeros hubieran podido creerse en el desierto.

Miguel Strogoff y sus compañeros se lanzaron con una celeridad mayor que antes al través de la estepa. Los caballos, escitados por el yemschik, y no teniendo ya ningun obstáculo, devoraban el espacio. Los tarentas corrian directamente sobre Ichim, donde los dos corresponsales debian detenerse si ningun acontecimiento venia á modificar su itinerario.

Doscientas verstas poco mas ó menos separan á Novo-Saimsk de la ciudad de Ichim, y al dia siguiente antes de las ocho de la tarde debian y podian estar ya atravesadas si no se perdia un instante. En la mente de los yemschiks, si los viajeros no eran grandes señores ó altos funcionarios, por lo menos eran dignos de serlo á juzgar por su generosidad en lo tocante á las propinas. Al dia siguiente 23 de julio, en efecto, los dos tarentas estaban á treinta verstas de Ichim.

En aquel momento Miguel Strogoff vió en el camino entre una cortina de polvo un carruaje que

precedia al suyo. Como los caballos del tarentas, menos fatigados, corrian con rapidez mayor, no debian tardar en alcanzarlo.

Aquel carruaje no era ni un tarentas ni una telega, sino una berlina de posta, toda cubierta de polvo y que ya debia haber hecho un largo viaje. El postillon azotaba sin cesar á los caballos, pero no los mantenía al galope sino á fuerza de injurias y de golpes. Aquella berlina seguramente no habia pasado por Novo-Saimsk y debia de haber llegado al camino de Irtrutsk por algun sendero perdido en la estepa.

Miguel Strogoff y sus compañeros viendo la berlina que corria hácia Ichim, tuvieron un mismo pensamiento, el de adelantarse y llegar antes que ella á la parada de postas, á fin de tener ante todo caballos disponibles. Dijeron, pues, algunas palabras al yemshik y los carruajes se hallaron pronto en línea con la berlina.

Miguel Strogoff fue quien llegó el primero.

En aquel momento una cabeza salió por la portezuela.

Miguel Strogoff apenas tuvo tiempo de observarla. Sin embargo, al pasar oyó distintamente esta palabra pronunciada con voz imperiosa y dirigida á él:

—¡Alto!

Nadie se detuvo. Por el contrario, los dos tarentas dejaron en breve atrás á la berlina.

Hubo entonces una carrera de velocidad porque el tiro de la berlina, escitado sin duda por la presencia de los caballos que pasaban adelante, hizo

un esfuerzo para mantener su superioridad durante algunos minutos. Los tres carruajes habian desaparecido en una nube de polvo, y de aquella nube salian como una multitud de cohetes chasquidos de látigo, gritos de escitacion é interjecciones de cólera.

Sin embargo, Miguel Strogoff y sus compañeros obtuvieron ventaja sobre la berlina, ventaja que podia ser muy importante si la casa de postas estaba poco provista de caballos. Dos carruajes que servir era quizá mas de lo que podia hacer el maestro de posta, á lo menos en un corto período de tiempo.

Media hora despues la berlina que se habia quedado atrás no presentaba ya mas que un punto apenas visible en el horizonte de la estepa.

Eran las ocho de la tarde cuando los dos tarentas llegaron á la parada de posta á la entrada de Ichim.

Las noticias de la invasion eran cada vez peores. La ciudad estaba directamente amenazada por la vanguardia de las columnas tártaras y hacia dos dias que las autoridades habian tenido que replegarse sobre Tobolsk. En Ichim no habia ya ni un empleado ni un soldado.

Miguel Strogoff al llegar á la casa de postas pidió inmediatamente caballos para él.

Halló justificada su precaucion de adelantar á la berlina, porque no habia sino tres caballos en disposicion de ser enganchados. Los demas habian vuelto fatigados de una larga jornada.

El maestro de postas dió la órden de enganchar. Los dos cerresponsales, á quienes pareció conve-

niente detenerse en Ichim, no tenían que cuidarse de un modo de transporte inmediato é hicieron meter su carruaje en la cochera.

Diez minutos despues de su llegada, Miguel Strogoff fue avisado de que su tarentas estaba ya pronto á marchar.

—Bien, respondió.

Y dirigiéndose á los dos corresponsales les dijo:

—Ahora señores, pues que ustedes quedan en Ichim, ha llegado el momento de separarnos.

—Señor Korpanof, dijo Alcides Jolivet, ¿no permanecerá usted ni siquiera una hora en Ichim?

—No señor, y aun deseo salir de la casa de postas antes que llegue la berlina que hemos dejado en el camino.

—¿Teme usted que el viajero trate de disputarle los caballos?

—Quiero á toda costa evitar cualquiera dificultad.

—Entonces, señor Korpanof, dijo Alcides Jolivet, no nos queda que hacer sino volver á dar á usted gracias por el servicio que nos ha prestado y por la compañía que nos ha hecho en el viaje.

—Es posible tambien que nos volvamos á encontrar dentro de algunos dias en Omsk, añadió Enrique Blount.

—Es posible en efecto, pues que voy allá directamente.

—Buen viaje, señor Korpanof, dijo Alcides Jolivet, y Dios le guarde á usted de las telegas.

Los dos corresponsales tendieron la mano á Miguel Strogoff y se la estrechaban lo mas cordial-

mente posible, cuando se oyó fuera el ruido de un carruaje.

Casi inmediatamente se abrió la puerta de la casa de postas y se presentó un hombre.

Éra el viajero de la berlina, individuo de aspecto militar, de unos cuarenta años de edad, alto, robusto, cabeza grande, anchos hombros, espesos vigotes que se unian con unas patillas rojas. Llevaba un uniforme sin insignias, un sable de caballería á la cintura y en la mano un látigo de mango corto.

—¡Caballos! dijo con el aire imperioso de un hombre acostumbrado á mandar.

—No los tengo disponibles, respondió el maestro de postas haciendo una reverencia.

—Los necesito al instante.

—Es imposible.

—¿Que caballos son esos que estan enganchados al tarentas que he visto á la puerta de la casa?

—Son de este viajero, respondió el maestro de postas señalando á Miguel Strogoff.

—¡Que los desenganchen! dijo el viajero con tono que no admitia réplica.

Miguel Strogoff se adelantó entonces.

—Esos caballos son para mí, dijo.

—¡Poco me importa! los necesito. ¡Vamos! ¡Vivo! no tengo tiempo que perder.

—Yo tampoco, respondió Miguel Strogoff, que contenia no sin trabajo su impaciencia.

Nadia estaba á su lado serena tambien, pero en su interior alarmada de aquella escena que hubiera querido evitar.

—¡Basta! repitió el viajero.

Y volviéndose al maestro de postas exclamó con un gesto de amenaza:

—Que desenganchen los caballos del tarentas y los pongan á mi berlina.

El maestro de postas muy perplejo no sabia á quién obedecer y miraba á Miguel Strogoff, á quien correspondia evidentemente el derecho de resistir á las injustas exigencias del viajero.

Miguel Strogoff vaciló un momento. No queria hacer uso de su podaroshna que hubiera atraído la atencion sobre su persona, ni tampoco queria retardar su viaje cediendo los caballos, ni empeñar una lucha que hubiera podido comprometer su mision.

Los dos periodistas le miraban prontos á sostenerle si pedia su auxilio.

—Mis caballos se quedarán enganchados al tarentas, dijo Miguel Strogoff, pero sin levantar la voz mas de lo que convenia á un simple mercader de Irkutsk.

El viajero se adelantó entonces hácia Miguel Strogoff, y poniéndole bruscamente la mano en el hombro, le dijo en alta voz:

—¡Como es eso! ¿tú no quieres cederme los caballos?

—No, respondió Miguel Strogoff.

—Pues bien, serán de aquel de los dos que pueda volver á marchar. Defiéndete, porque no voy á tener compasion de tí.

Y hablando asi el viajero sacó el sable de la vaina y se puso en guardia.

Nadia se arrojó delante de Miguel Strogoff.

Enrique Blount y Alcides Jolivet se llegaron á él.

—No reñiré, dijo simplemente Miguel Strogoff, que para contenerse mas cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿No reñirás?

—No.

—¿Ni despues de esto? exclamó el viajero, y antes que hubieran podido contenerle hirió con el mango de su látigo el hombro de Miguel Strogoff.

Ante este insulto Miguel Strogoff se puso espantosamente pálido. Sus manos se levantaron abiertas como si hubieran querido triturar á aquel brutal personaje. Pero haciendo un supremo esfuerzo logró dominarse. Un desafío en aquel momento era mas que un retraso, era tal vez faltar á la mision que le habia sido confiada. Mas valia perder algunas horas.... Sí, ¡pero devorar aquella afrenta!

—¿Reñirás ahora, cobarde? repitió el viajero añadiendo la grosería á la brutalidad.

—No, respondió Miguel Strogoff que no se movió de su sitio y miró fijamente al viajero en los ojos.

—¡Los caballos al instante! dijo entonces al viajero.

Y salió de la sala.

El maestro de postas le siguió inmediatamente, no sin haberse encogido de hombros despues de haber examinado á Miguel Strogoff con aire descontento.

El efecto producido por aquel incidente en el ánimo de los periodistas no podia ser ventajoso á Miguel Strogoff. Su descontento era visible: ¡aquel robusto jóven se dejaba pegar de aquella manera sin

contestar á semejante insulto! Contentáronse, pues, con saludarle y se retiraron, diciendo Alcides Jolivet á Enrique Blount:

—No habria creído semejante cosa de un hombre que tan diestramente mata á un oso del Ural. ¿Será verdad que el valor tiene sus horas y sus formas? No comprendo nada de lo que aquí ha pasado. Despues de esto, quizá para comprenderlo, necesitábamos nosotros haber sido siervos por algun tiempo.

Un instante despues se oyeron el ruido de las ruedas y los chasquidos del látigo que indicaban que la berlina, arrastrada por los caballos del tarentas, salia rápidamente de la casa de postas.

Nadia impasible, Miguel Strogoff estremeciéndose de cólera; se quedaron solos en la sala.

El correo del czar con los brazos cruzados todavía sobre el pecho, se habia sentado y parecia una estátua. Sin embargo, una rubicundez del rostro que no debia ser el rubor de la vergüenza, habia sustituido á la palidez anterior.

Nadia no dudaba qué razones formidables hubieran sido las únicas capaces de hacer devorar á semejante hombre aquella humillacion.

Acercóse, pues, á él como él se habia acercado á ella en la casa de policía de Nijni-Novgorod y le dijo:

—Dame la mano, hermano.

Y al mismo tiempo su dedo con un ademan casi maternal enjugó una lágrima que iba á salir de los ojos de su compañero.

## CAPITULO XIII.

### EL DEBER ANTES QUE TODO.

Nadia habia adivinado que un móvil secreto dirigia todos los actos de Miguel Strogoff, que éste por alguna razon desconocida para ella no era dueño de sus acciones, no tenia el derecho de disponer de su persona, y que en aquellas circunstancias acababa de inmolar heroicamente ante el altar de su deber hasta el resentimiento de una injuria mortal.

Por lo demás, no pidió ninguna explicacion á Miguel Strogoff. La mano que le habia tendido ¿no respondia de antemano á todo lo que él hubiera podido decirle?

Miguel Strogoff permaneció mudo toda aquella tarde. No pudiendo ya el maestro de postas dar caballos de refresco hasta la mañana siguiente, habia que pasar toda la noche en la posada, y Nadia se aprovechó de esta circunstancia para tomar algun descanso en el cuarto preparado para ella.

La jóven hubiera preferido sin duda no dejar á su compañero, pero comprendia que éste necesitaba estar solo y se dispuso á dirigirse á su habitacion.

En el momento en que se iba á retirar no pudo menos, sin embargo, de decirle una palabra de despedida.

—Hermano:.... murmuró.

Pero Miguel Strogoff con un gesto detuvo su frase. Un suspiro levantó el pecho de la jóven la cual salió de la estancia.

Miguel Strogoff no se acostó. No habria podido dormir ni siquiera una hora. En el sitio en que el látigo del brutal viajero le habia tocado sentia como una quemadura.

—¡Por la patria y por el Padre! murmuró en fin terminando su oracion de la noche.

Sin embargo, dominole poco tiempo despues un deseo irresistible de saber quién era aquel hombre que le habia golpeado, de dónde venia y á dónde iba. En cuanto á su rostro, las facciones se le habian grabado de tal modo en la memoria, que no temia olvidarlas nunca.

Mandó llamar al maestro de postas.

Este, que era un siberiano de vieja estirpe, llegó al momento y mirando al jóven con cierta altanería esperó á que le preguntase.

—¿Tú eres del país? lo preguntó Miguel Strogoff.

—Sí.

—¿Conoces á ese hombre que se ha llevado mis caballos?

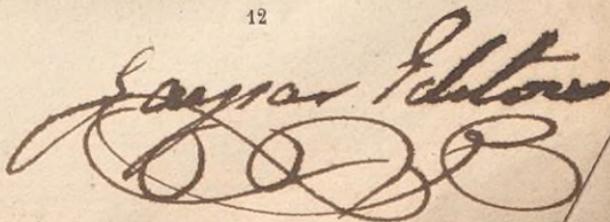
—No.

—¿No le has visto nunca?

—Nunca.

—¿Quién te figuras que sea?

—Un señor que sabe hacerse obedecer.




La mirada de Miguel Strogoff entró como un puñal en el corazón del siberiano, pero este no bajó la vista.

—¿Tú te permites juzgarme? exclamó Miguel Strogoff.

—Sí, respondió el siberiano, porque hay cosas que uno no recibe sin devolverlas, aunque sea un simple mercader.

—¿Los latigazos?

—Los latigazos, joven. Tengo edad y fuerza para decírtelo.

Miguel Strogoff se acercó al maestro de postas y le puso sus dos poderosas manos en los hombros.

Después con voz en que se traslucía una calma aterradora le dijo:

—Vete, amigo mío, vete. Sería capaz de matarte.

El maestro de postas comprendió entonces lo que pasaba y murmuró:

—Prefiero que sea así.

Y se retiró sin añadir una palabra.

Al día siguiente 24 de julio á las ocho de la mañana el tarentas estaba ya dispuesto á marchar tirado por tres vigorosos caballos. Miguel Strogoff y Nadia tomaron asiento y en breve desapareció detrás de un recodo del camino el pueblo de Ichim, del cual ambos debían conservar tan terrible memoria.

Miguel Strogoff, en las diversas paradas que recorrió durante aquel día, pudo averiguar que la berlina le precedía en el camino de Irkutsk y que el viajero, que caminaba tan aceleradamente como él, no perdía un instante para atravesar la estepa.

A las cuatro de la tarde setenta y cinco verstas mas allá y en la estacion de Abatskaia debia pasarse el rio Ichim, uno de los principales afluentes del Irtych.

El paso fue un poco mas difícil que el del Tobolk porque en efecto la corriente del Ichim era bastante rápida en aquel paraje. Durante el invierno todos los rios de la estepa, helados en un espesor de muchos pies, son fácilmente transitables y el viajero los atraviesa casi sin advertir su existencia porque su lecho ha desaparecido bajo la inmensa sábana blanca que cubre uniformemente la estepa; pero en verano suelen ofrecer grandes dificultades.

En efecto, se gastaron dos horas en el paso del Ichim, lo cual exasperó á Miguel Strogoff tanto mas cuanto que los barqueros le dieron alarmantes noticias de la invasion tártara.

Los rumores que corrian eran los siguientes:

Se habian presentado ya algunos exploradores de Feofar-Khan en las dos orillas del Ichim inferior en la parte meridional del gobierno de Tobolsk. Omsk estaba muy amenazada; hablábase de un encuentro entre las tropas siberianas y las tártaras en la frontera de las grandes hordas kirguicias, encuentro que no habia sido ventajoso para los rusos que en aquel punto contaban con poca fuerza. Las tropas rusas se habian replegado á consecuencia de este desastre, y de aquí la emigracion general de los habitantes de la provincia. Contábanse horribles atrocidades cometidas por los invasores, robos, incendios, saqueos, asesinatos, todo el sistema de guerra tártaro. La vanguardia de Feofar-Khan ha-

cia huir á todo el mundo, y ante aquella despoblacion general de hogares y caseríos, Miguel Strogoff temia mas que nunca que le faltasen completamente los medios de transporte. Era, por consiguiente, necesario apresurarse á llegar á Omsk. Quizá al salir de esta ciudad podria tomar la delantera á los exploradores tártaros que bajaban por el valle del Irtych y encontrar el camino libre hasta Irkutsk.

En aquel paraje mismo en que el tarentas habia atravesado el rio, termina todo lo que se llama en lenguaje militar la *línea del Ichim*, es decir, una cadena de torres ó fortines de madera que se estiene desde la frontera meridional de la Siberia por espacio de unas cuatrocientas verstas (427 kilómetros). Antiguamente estos fortines estaban ocupados por destacamentos de cosacos, y protegian el país lo mismo contra los kirguicíos que contra los tártaros; pero luego que el gobierno moscovita creyó reducidas estas hordas á una completa sumision; se habian abandonado aquellas posiciones y ya no servian precisamente cuando hubieran sido mas útiles. La mayor parte de los fortines habian sido reducidos á ceniza, y algunas humaredas que los barqueros mostraron á Miguel Strogoff elevándose por encima del horizonte meridional, daban testimonio de la aproximacion de la vanguardia tártara.

Cuando la barca hubo dejado al tarentas en la orilla derecha del Ichim, nuestros viajeros continuaron su camino con toda celeridad.

Eran las siete de la tarde. El tiempo estaba muy cubierto y varias veces habia caido una lluvia tem-

pestuosa que tuvo por resultado matar el polvo y mejorar el estado de los caminos.

Miguel Strogoff desde la parada de Ichim continuaba taciturno. Sin embargo, se ocupaba como antes en preservar á Nadia todo lo posible de la fatiga de aquella carrera sin tregua ni reposo. La jóven no se quejaba, antes bien habria querido dar alas á los caballos del tarentas. Creia en su interior que su compañero deseaba aun mas que ella misma llegar á Irkutsk: ¡pero cuántas verstas les separaban todavía de aquella ciudad!

Ocurrióle en aquel momento que si Omsk estaba invadida por los tártaros, la madre de Miguel Strogoff, que vivia en aquella poblacion, corria peligros que debian tener alarmado á su hijo, y que esto bastaba á esplicar su impaciencia por llegar á reunirse con ella.

Creyó, pues, deber hablarle de la anciana Marfa y de la soledad en que podria encontrarse en medio de tan graves acontecimientos.

—¿No has recibido noticia ninguna de tu madre desde el principio de la invasion? le preguntó.

—Ninguna, Nadia. La última carta que me escribió tiene dos meses de fecha; pero me traia buenas noticias; Marfa es una mujer enérgica, una valiente siberiana, que á pesar de su edad ha conservado toda su fuerza moral y sabe sufrir.

—Iré á verla, hermano, dijo Nadia vivamente. Pues que me dás el nombre de hermana, soy hija de Marfa.

Y viendo que Miguel Strogoff guardaba silencio añadió:

—Quizá tu madre habrá podido salir de Omsk.

—Es posible, Nadia, respondió Miguel Strogoff, y aun me atrevo á esperar que habrá podido refugiarse en Tobolsk. La anciana Marfa ódia á los tártaros; conoce la estepa, no tiene miedo, y espero que habrá tomado su báculo y bajado por las orillas del Irtych. No hay un sitio de la provincia que no conozca. ¡Cuántas veces ha recorrido todo el país con mi anciano padre y cuántas veces les he seguido yo mismo cuando niño al través del desierto siberiano! Sí, Nadia, espero que mi madre habrá salido de Omsk.

—¿Y cuándo la verás?

—La veré... á la vuelta.

—Sin embargo, si tu madre está en Omsk, ya emplearás una hora por lo menos para ir á abrazarla.

—No iré á abrazarla.

—¿No la verás?

—No, Nadia... respondió Miguel Strogoff, cuyo pecho se levantaba á impulso de la emoción, comprendiendo que no podía continuar dando respuestas satisfactorias á las preguntas de la jóven.

—¡Tú dices nó! ¡Ah, hermano! ¿por qué razones, si tu madre está en Omsk, puedes negarte á verla?

—¿Por qué razones, Nadia? ¡Tú me preguntas por qué razones! exclamó Miguel Strogoff con voz tan profundamente alterada, que la jóven no pudo menos de estremecerse. Por las razones que me han hecho paciente hasta la cobardía con el miserable que...

No pudo acabar su frase.

—Cálmate, hermano, dijo Nadia con su voz mas dulce. No sé mas que una cosa, ó por mejor decir, no la sé, la siento; y es que una idea domina toda tu conducta: la del cumplimiento de un deber mas sagrado, si es que puede haberlo, que el que liga un hijo á su madre.

Nadia guardó silencio, y desde aquel momento evitó todo motivo de conversacion que pudiera referirse á la situacion particular de Miguel Strogoff. Veia que habia un secreto que respetar y le respetó.

Al dia siguiente, 25 de julio, á las tres de la mañana, llegó el tarentas á la casa de postas de Tiukalinsk, despues de haber recorrido una distancia de 120 verstas desde el paso del Ichim.

Mudaron tiro rápidamente. Sin embargo, por la primera vez el yemshik presentó algunas dificultades para ponerse en marcha, afirmando que recorrian la estepa varios destacamentos tártaros y que tanto los viajeros como los caballos y los carruajes serian buena presa para semejantes merodeadores.

Miguel Strogoff no pudo triunfar de la mala voluntad del yemshik sino á costa de dinero, porque en aquella circunstancia como en otras muchas no quiso hacer uso de su podaroshna. El último ukase transmitido por el hilo telegráfico era conocido en las provincias de Siberia, y un ruso, por el hecho mismo de estar dispensado especialmente de obedecer sus prescripciones, habria llamado sin duda alguna la atencion pública, que era precisamente lo que el correo del czar queria evitar. En cuanto á la repugnancia del yemshik, tal vez queria especular aquel

tunante con la impaciencia del viajero ó tal vez tenia fundadas razones para temer algun mal encuentro.

En fin, el tarentas se puso en marcha, y con tal velocidad, que á las tres de la tarde, 80 verstas mas allá, llegó á Kulatsinskoe, y una hora despues se hallaba á orillas del Irtych. Omsk estaba solamente á 20 verstas de distancia.

El Irtych es un rio bastante ancho, una de las principales arterias siberianas que llevan sus aguas hasta el Norte del Asia. Nace en los montes Altai, se dirige oblicuamente del Sudeste al Noroeste, y vá á desembocar en el Obi despues de un curso de cerca de 7,000 verstas.

En aquella época del año, que es la de la crecida de los rios de toda la cuenca siberiana, el nivel de las aguas del Irtych era muy alto; y por consecuencia, la corriente muy violenta y casi torrencial hacia difícilísimo el paso del rio. Un nadador, por bueno que fuese, no habria podido atravesarlo, y aun en un barco la travesía no dejaba de ofrecer algun peligro.

Pero este peligro como todos los demás no podia detener siquiera un instante á Miguel Strogoff y á Nadia, decididos á arrostrarlos todos cualesquiera que fuesen.

Sin embargo, Miguel Strogoff propuso á su jóven compañera que él pasaria primero el rio en la barca con el tarentas y los caballos, porque temia que el peso de semejante carga hiciera zozobrar la embarcacion. Despues de haber dejado carruaje y caballos en la orilla opuesta, volveria por Nadia.

Nadia no accedió á este plan, porque hubiera retrasado el viaje una hora y no queria ser la causa de ningun retraso.

Se hizo el embarco, no sin trabajo, porque las orillas estaban en parte inundadas y la barca no podia llegarse demasiado á tierra firme.

Sin embargo, despues de media hora de esfuerzos el barquero tenia ya instalados el tarentas y los caballos; Miguel Strogoff, Nadia y el yemshik se embarcaron entonces, y la barca se fue separando de la orilla.

Todo fué bien durante los primeros minutos. La corriente del Irtych, cortada en la parte superior por una larga punta de la orilla formaba un remanso que la barca atravesó fácilmente. Los dos barqueros la empujaban con largos bicheros que manejaban muy diestramente; pero á medida que salian á sitio descubierto, el fondo del lecho del rio se iba bajando, y no les quedó en breve punto donde apoyar los bicheros, cuya estremidad superior apenas pasaba un pié de la superficie de las aguas, lo que hacia su uso trabajoso é insuficiente.

Miguel Strogoff y Nadia, sentados en la popa y temerosos de algun retraso, observaban con cierta inquietud la maniobra de los barqueros.

—¡Atencion! gritó uno de ellos á su compañero.

Aquel grito era motivado por la nueva direccion que acababa de tomar la barca con extrema velocidad, sometida como estaba entonces á la accion directa de la corriente, que la hacia bajar rápidamente por el rio. Tratábase pues, empleando útilmente los bicheros, de ponerla en situacion de cortar el hilo

de las aguas. Por esta razon, apoyando el extremo de aquellos en una série de escotaduras dispuestas en las dos bandas, llegaron á hacer oblicuar la barca, que poco á poco ganó camino hácia la orilla derecha.

Podia calcularse ciertamente que á 5 ó 6 verstas mas abajo del punto de embarque llegaria á tocar la orilla, cosa que al fin no importaba mucho, si personas y ganado llegaban á desembarcar sin accidente.

Los dos barqueros, hombres vigorosos y estimulados además por la promesa de una buena recompensa, no dudaban que se terminaria con buen éxito la difícil travesía del Irtjch.

Pero no contaban con un incidente que les era imposible evitar y contra el cual no podian nada ni su habilidad ni su celo.

Estaba ya la barca en medio de la corriente á igual distancia de ambas orillas y bajaba por el rio con una rapidez de 2 verstas por hora, cuando levantándose Miguel Strogoff, miró con atencion hácia la parte superior de la corriente.

Vió entonces varias barcas que la corriente empujaba con rapidez porque á la accion del agua se unia la de los remos de que iban armadas.

Su fisonomía se contrajo de repente y lanzó una exclamacion involuntaria.

—¿Qué hay? pregunto la jóven.

Pero antes que Miguel Strogoff tuviera tiempo de responderla, uno de los barqueros exclamó con el acento de la desesperacion:

—¡Los tártaros, los tártaros!

Eran en efecto barcas cargadas de soldados que bajaban rápidamente por el Irtych y que debían llegar dentro de pocos minutos á la de nuestros viajeros, demasiado cargada para poder luchar en velocidad con ellas.

Los barqueros aterrorizados por aquella aparicion abandonaron sus bicheros dando gritos de espanto.

—¡Valor, amigos míos! gritó Miguel Strogoff, valor. Ganareis cincuenta rublos si llegamos á la orilla derecha antes que esas barcas.

Los barqueros, reanimados por estas palabras, volvieron á la maniobra y continuaron sus esfuerzos para cortar la corriente; pero en breve se convencieron de que no podrian evitar el abordaje de los tártaros.

Estos, ¿pasarian sin incomodarles? ¡Era poco probable! Por el contrario, habria que temerlo todo de aquella gente acostumbrada al pillaje.

—No tengas miedo, Nadia, dijo Miguel Strogoff, pero está dispuesta para todo.

—Estoy dispuesta, respondió Nadia.

—¿Hasta para arrojarte al rio cuando yo te lo diga.

—Sí, cuando tú me lo digas?

—Ten confianza en mí, Nadia.

—Tengo confianza.

Las barcas tártaras no estaban ya mas que á una distancia de 100 piés. Llevaban un destacamento de soldados de Bukaria que iban á hacer un reconocimiento sobre Omsk.

La barca de los viajeros se encontraba entonces á poca distancia de la orilla. Los barqueros redobla-

ban sus esfuerzos, y Miguel Strogoff tomó un bichero para ayudarles maniobrando con una fuerza sobrehumana. Si podia desembarcar el tarentas y salir al galope, tenia probabilidades de librarse de los tártaros, que no llevaban caballos.

Pero tantos esfuerzos debian ser inútiles.

—¡Sarin-na-kichu! gritaron los soldados de la primera barca.

Miguel Strogoff comprendió este grito de guerra de los soldados tártaros, al cual no podia contestarse sino con echarse boca abajo.

Pero como ni él ni los barqueros obedecieran aquella orden, se oyó inmediatamente una violenta descarga, y dos de los caballos quedaron mortalmente heridos.

En aquel momento la barca sintió el choque del abordaje.

—¡Ven, Nadia! exclamó Miguel Strogoff pronto á arrojarle al agua.

La jóven iba á seguirle, cuando Miguel Strogoff herido de una lanzada fue precipitado al rio; la corriente le arrastró; su mano se agitó un instante por cima de las aguas y desapareció.

Nadia lanzó un grito, pero antes que tuviera tiempo de arrojarle en pos de Miguel Strogoff, los tártaros se apoderaron de ella y la depositaron en una de sus barcas.

Un instante despues los barqueros eran muertos á lanzadas, y la barca seguia sola la corriente del rio, mientras los tártaros continuaban bajando por él.

## CAPITULO XIV.

MADBE É HIJO.

Omsk es la capital oficial de la Siberia Occidental. No es la ciudad mas importante del gobierno de este nombre, porque Tomsk se encuentra mas poblada y tiene mas estension; pero en Omsk es donde reside el gobernador general de esta primera mitad de la Rusia Asiática.

Compónese propiamente hablando de dos ciudades distintas, la una que está solamente habitada por las autoridades y los empleados, y la otra donde viven mas especialmente los mercaderes siberianos, no obstante ser poco comercial.

Esta última ciudad cuenta unos 12 ó 13,000 habitantes y está defendida por un recinto flanqueado de bastiones; pero estas fortificaciones son de tierra y no pueden protegerla bastante; así los tártaros, que lo sabian perfectamente, intentaron en aquella época tomarla á viva fuerza, y lo consiguieron al cabo de pocos dias de sitio.

La guarnicion de Omsk, reducida á 2,000 hombres, se resistió valientemente; pero abrumada por

las tropas del emir, rechazada poco á poco de la ciudad comercial, se refugió en la ciudad alta.

Allí el gobernador general se habia atrincherado con sus oficiales y soldados. Habian hecho del barrio alto de Omsk una especie de ciudadela, despues de haber aspillerado las casas y las iglesias, y hasta entónces conservaban su posicion en aquel kreml improvisado sin gran esperanza de ser socorridos oportunamente. En efecto, las tropas tártaras que bajaban por el Irtich recibian cada dia nuevos refuerzos, y lo que era aun mas grave, estaban dirigidas por un oficial traidor á su país, pero hombre de gran mérito y de una audacia á toda prueba.

Este oficial era el coronel Ivan Ogaref.

Ivan Ogaref, terrible como uno de esos jefes tártaros á quienes empujaba hácia adelante, era un militar instruido. Teniendo en sus venas algo de sangre mogola por su madre, que era de origen asiático, la astucia era su elemento, y se complacia en imaginar estratagemas, no retrocediendo ante ningun medio cuando queria sorprender un secreto ó tender algun lazo. Solapado por naturaleza, recurria á los mas viles disfraces, fingiéndose mendigo en ocasiones y tomando con toda perfeccion las formas y las maneras que le convenian. Además era cruel y en caso necesario se hubiera hecho verdugo: Feofar Khan tenia en él un teniente digno de secundarle en aquella guerra salvaje.

Cuando Miguel Strogoff llegó á las orillas del Irtich, Ivan Ogaref era ya dueño de Omsk, y estrechaba tanto mas el sitio de la ciudad alta, cuanto mayor prisa tenia de llegar á Tomsk, donde acaba-

ba de concentrarse el grueso del ejército tártaro.

En efecto, hacia algunos días que Tomsk habia sido ocupada por Feofar Khan, y desde allí los invasores, dueños de la Siberia Central, debian marchar sobre Irkutsk. Irkutsk era el verdadero objetivo de Ivan Ogaref.

El plan de este traidor era hacerse admitir del gran duque bajo un falso nombre, captar su confianza, y llegada la hora oportuna, entregar á los tártaros la ciudad y la persona del príncipe mismo.

Teniendo en rehenes semejante ciudad y semejante personaje, toda la Siberia Asiática caeria en manos de los invasores.

Este complot era, como se ha dicho, conocido del czar, y para frustrarlo se habia confiado á Miguel Strogoff la importante misiva de que era portador. Por eso se habian dado al jóven correo las instrucciones mas severas para que de todos modos pasase sin ser conocido por el país teatro de la invasion.

Hasta entonces esta mision habia sido fácilmente ejecutada; pero ¿podria ser llevada á buen término?

El golpe que habia recibido Miguel Strogoff no era mortal. Nadando de manera que no pudieran verle, llegó á la orilla derecha, y allí cayó desmayado entre las cañas que la cubrian.

Cuando volvió en sí, se encontró en la cabaña de un mugik que le habia recogido y cuidado, y á quien debia hallarse todavía con vida. No podia decir cuánto tiempo habia estado en aquella cabaña; pero cuando abrió los ojos vió un bondadoso rostro barbudo inclinado sobre él, y unos ojos compasivos que le miraban.

Iba á preguntar dónde estaba, cuando el mugik anticipándose le dijo:

—No hables, padrecito, no hables. Estás todavía débil: voy á decirte dónde te encuentras y todo lo que ha pasado desde que te traje á mi cabaña.

Y el mugik refirió á Miguel Strogoff los diversos incidentes de la lucha de que habia sido testigo, el ataque de la barca por los tártaros, el saqueo del tarentas y el asesinato de los barqueros.

Pero Miguel Strogoff no le escuchaba, y llevando la mano á su chaqueta, la tocó para ver si estaba allí la carta imperial que llevaba siempre sujeta al pecho.

Entonces respiró; pero otro cuidado se presentó á su imaginacion y dijo:

—Una jóven me acompañaba.

—No la han muerto, respondió el mugik tratando de calmar la inquietud que leia en los ojos de su huésped. La han llevado á una de sus barcas y han continuado bajando por el Irtych. Es una prisionera mas, que reunirán con tantas otras que han conducido á Tomsk.

Miguel Strogoff no pudo responder. Se puso la mano en el corazon para comprimir sus latidos.

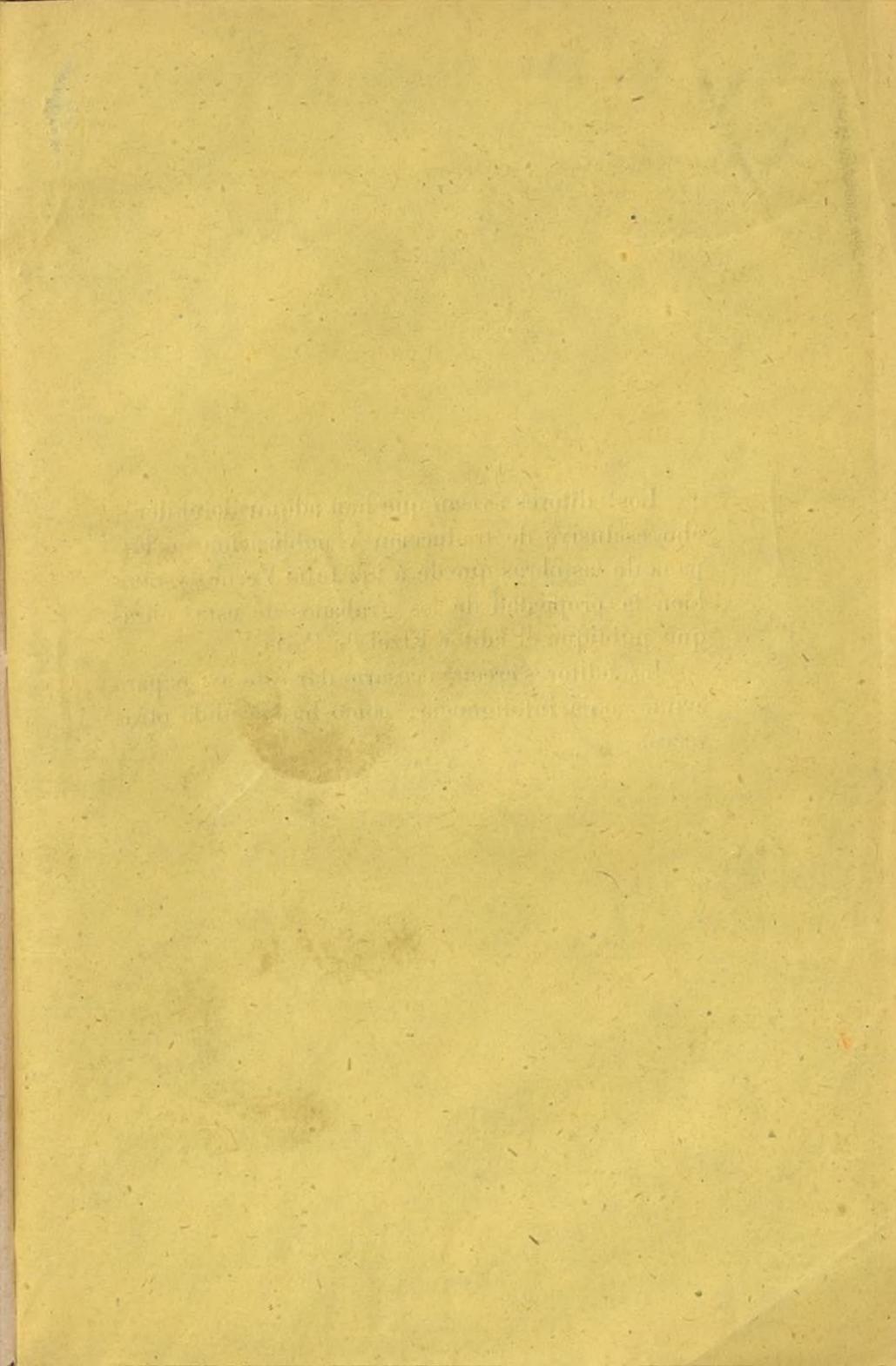
Pero á pesar de tantas pruebas, el sentimiento del deber dominaba completamente su alma.

—¿Dónde estoy? preguntó.

—En la orilla derecha del Irtych y á cinco verstas solamente de Omsk, respondió el mugik.

—¿Y qué herida he recibido que me ha postrado de esta manera? ¿Ha sido un tiro?

—No, una lanzada en la cabeza que está ya cica-



Los editores avisan que han adquirido el derecho esclusivo de traduccion y publicacion en España de las obras que dé á luz Julio Verne, y tambien la propiedad de los grabados de estas obras que publique el editor Etzel de Paris.

Los editores creen necesario dar este aviso para evitar mala inteligencia, como ha sucedido otras veces.